

ESTADO Y SOCIEDAD
(Últimos títulos publicados)

Michel Albert

Capitalismo contra capitalismo

FAMILIA - MICCO HERNANDEZ

21. K. Popper, *En busca de un mundo mejor*
22. D. Osborne y T. Gaebler, *La reinención del gobierno*
23. J. Reichmann y F. Fernández Buey, *Redes que dan libertad*
24. F. Calderón y M. R. dos Santos, *Sociedades sin atajos*
25. J. M. Guehenno, *El fin de la democracia*
26. S. G. Payne, *La primera democracia española*
27. E. Resta, *La certeza y la esperanza*
28. M. H. Ross, *La cultura del conflicto*
29. S. Huntington, *El choque de civilizaciones*
30. G. Kepel, *Al oeste de Alá*
31. K. R. Popper, *La responsabilidad de vivir*
32. R. Bergalli y E. Resta (comps.), *Soberanía: un principio que se derrumba*
33. E. Gellner, *Condiciones de la libertad*
34. G. Bosetti (comp.), *Izquierda, purito cero*
35. Ch. Lasch, *La rebelión de las elites y la traición a la democracia*
36. J.-P. Fitoussi, *El debate prohibido*
37. R. Heilbroner, *Visiones del futuro*
38. L. Gerstner y otros, *Reinventando la educación*
39. B. Barry, *La justicia como imparcialidad*
41. W. Kymlicka, *Ciudadanía multicultural*
42. J. Rifkin, *El fin del trabajo*
43. C. Castells (comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*
46. P. Van Parijs, *Libertad real para todos*
47. P. O. Costa y otros, *Tribus urbanas*
57. R. Castel, *La metamorfosis del trabajo*
58. U. Beck, *¿Qué es la globalización?*
59. R. Heilbroner y W. Milberg, *La crisis de visión en el pensamiento económico moderno*
60. P. Kotler y otros, *El marketing de las naciones*
61. R. Jáuregui y otros, *El tiempo que vivimos y el reparto del trabajo*
62. A. Gorz, *Misericordias del presente, riqueza de lo posible*
63. Z. Brzezinski, *El gran tablero mundial*
64. M. Walzer, *Tratado sobre la tolerancia*
65. F. Reinares, *Terrorismo y antiterrorismo*
66. A. Etzioni, *La nueva regla de oro*



Paidós

Buenos Aires
Barcelona
México

INTRODUCCION

Tengo que expresar mi cordial reconocimiento a Jean-Claude Guillebaud y a Alexandre de Juniac. Este libro es también fruto de su labor.

M. A.

Hoy, y por primera vez en la historia, el capitalismo realmente ha ganado, sin atenuantes. Quizá la mayor cuestión del siglo.

La victoria del capitalismo se ha logrado en tres frentes.

La primera batalla se desarrolló en Inglaterra con Margaret Thatcher, y en Estados Unidos con el presidente Reagan. Fue una batalla interna contra el intervencionismo estatal que contaminaba el capitalismo. La hija del tendero y el viejo actor llevaron adelante de este modo, juntos, la primera *revolución conservadora* en materia de política económica, la revolución del *Estado mínimo*. Su principio más llamativo: menos impuestos para los ricos; si los ricos —comenzando por los capitalistas— pagan menos impuestos, el crecimiento de la economía será más vigoroso, y todo el mundo sacará provecho de ello. En 1981, en Estados Unidos, el gobierno federal cobraba un impuesto de hasta el 75 % sobre réditos más elevados de un ciudadano; en 1989, la tasa máxima había bajado al 33 %. En el Reino Unido, la tasa de impuestos durante los gobiernos laboristas había alcanzado el 98 % para los réditos del capital. Con Margaret Thatcher, la tasa máxima se redujo al 40 %. Jamás una reforma financiera había sido tan popular en el mundo. En decenas de países, cambió el sentido de las relaciones históricas entre el Estado y el ciudadano. Desde hacía dos siglos, la presión fiscal no había dejado de aumentar, sobre todo en los países desarrollados. Esta evolución se encuentra hoy invertida y asistimos, por el contrario, a una carrera mundial hacia la disminución de la presión fiscal. Es ciertamente una revolución.

La segunda victoria del capitalismo ha sido tan espectacular como frontal, total y obtenida sin librar batalla. Desde hacía un siglo, el capitalismo estaba confrontado al comunismo. Desde hacía cerca de medio siglo esta confrontación, principal entre Estados Unidos y la URSS, dominaba las relaciones internacionales. El 9 de noviembre de 1989, los jóvenes alemanes que se atrevieron a franquear el Muro de Berlín eran los heraldos de más de 300

millones de desheredados de los países comunistas del Este. Desheredados de libertad, pero también de supermercados, es decir, de capitalismo.

En cuanto a la tercera victoria, ha bastado con una batalla de cien horas en el flanco sur de Irak para ganarla por amplísimo margen. Es ante todo la victoria conjunta de la fuerza y del derecho, la de Estados Unidos, secundado por veintiocho países, entre los que había ocho países musulmanes, y apoyados en la ONU incluso por la URSS y China comunista. Es también una victoria del capitalismo sobre las alucinaciones de los pueblos subdesarrollados por las dictaduras que los oprimen. Aposemos a que, de ahora en adelante, la suerte está echada: un día u otro, las multitudes engañadas por Saddam Hussein tomarán el mismo camino que las masas comunistas. Hacia el capitalismo.

Esta victoria del capitalismo ilumina con un nuevo resplandor la historia económica del mundo. Transforma profundamente su *geografía*.

Desde el momento en que el efecto de ceguera, la "noche siberiana" del comunismo, se disipó ante el resplandor de la realidad, *todo nuestro pasado* se divide en dos épocas implacablemente contrastadas:

—Antes del capitalismo, a todo lo largo de la historia, el mundo entero, todos los países—incluso las civilizaciones más brillantes— gran semejantes a lo que hoy se llama el Tercer Mundo. Un mundo donde los hombres nacían "naturalmente", biológicamente, un poco como los animales, y tenían un promedio de vida inferior a treinta años, víctimas de las hambrunas periódicas, las epidemias ligadas a la subalimentación y a la inmemorial opresión de lo Consagrado, es decir, del Poder.

Francia, sí, Francia misma, con su agricultura tan "rica", ¡sufrió verdaderas hambrunas, hasta la víspera de la revolución de 1848!

Era el mundo de la penuria, la prehistoria de la economía.

—La sorprendente función histórica del capitalismo ha sido, desde hace cerca de tres siglos, la de iniciar el retroceso de la penuria, la hambruna y la opresión cruel de los sacrificios rituales. Esta revolución comenzó en los países de tradición judeo-cristiana. Se extendió, amplificada y acelerada, desde hace un siglo, al Extremo Oriente, y en todas partes se fundamenta sobre el mismo sistema institucional de base trinitaria: *el capitalismo, o sea la libre ficción de los precios en el mercado y la libre propiedad de los medios de producción* (yo no daría otra definición, pues estas dos líneas parecen decir lo esencial); los derechos humanos, y en primer lugar la libertad de conciencia; la evolución progresiva hacia la separación de poderes y la democracia.

Después de la antigua época de la penuria permanente, la nueva época, del desarrollo económico, no ha hecho más que comenzar. A través de la triple victoria histórica del capitalismo, se van dibujando—mejor dicho,

esculpiendo— las dos nuevas dimensiones de la *geografía* económica del mundo.

En primer lugar, después de estar durante casi veinte años suspendido como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas, el problema del aprovisionamiento de petróleo—es decir, del oxígeno de nuestra vida económica— está físicamente resuelto durante largo tiempo. La cuestión no es ya saber si tendremos el suficiente, sino a qué precio, y si no arrojamos demasiado a la atmósfera. La nueva geografía energética será menos la de las perforaciones petroleras que la de las energías alternativas y de las herramientas para luchar contra la población.

Mucho más importante es la "desaparición" del contenido mismo de la noción del Tercer Mundo, desde el fin de la guerra fría. Durante el período en el que el comunismo se atrevió a desafiar al capitalismo en su propio terreno, el de la eficacia económica, se podía—aun fingiendo creerlo— conservar esta trilogía: países capitalistas-países comunistas-Tercer Mundo. No olvidemos que Kruschev no asombraba a nadie cuando declaraba en 1960, en la tribuna de las Naciones Unidas, ¡que en el año 2000 la economía soviética habría alcanzado a la de Estados Unidos! Hasta hace poco, centenares de universidades en todo el mundo continuaron enseñando esa clase de tonterías.

Ahora que han caído las máscaras, y que todos han podido constatar sin ningún género de dudas el retraso lamentable de las economías comunistas, es necesario, ante la evidencia, clasificarlas en la misma categoría que la de los otros países subdesarrollados. De manera que la trilogía deja lugar a una simple dualidad: por una parte los países desarrollados o en vías de desarrollo, que son todos los países capitalistas; y por otra parte los países subdesarrollados, es decir los países pobres. La expresión "Tercer Mundo" literalmente no tiene ya sentido.

Ciertamente, no basta con establecer el capitalismo en un país para lanzarlo por el camino del desarrollo económico; se requiere también un mínimo de reglas y, por lo tanto, un Estado eficaz y sin corrupción. Es cierto que hay pobres—e incluso, como se verá, cada día más numerosos— en algunos de los países capitalistas más avanzados, en particular en Estados Unidos. Sin embargo, hay que señalar un pequeño detalle: la obesidad es sin duda un problema nacional de salud en Estados Unidos, pero allí son los pobres los que son obesos...

He aquí, pues, la lista de los países capitalistas, desarrollados o en rápido desarrollo:

—América del Norte, incluido México; y, en América del Sur, Chile, tan vigoroso en su nuevo lanzamiento económico;

—El conjunto de los países de Europa occidental pertenecientes a la CEE (Comunidad Económica Europea) o a la AELE (Asociación Europea de Libre Intercambio);

—Japón y los nuevos países industrializados (NPI) de Asia: Tailandia, Corea del Sur y los otros "dragones", Taiwan, Hong Kong y Singapur.

Eso es todo.

Sin duda, esta lista provocará bastantes objeciones. Por ejemplo:

—¿Por qué no clasificar a Arabia Saudita y a los Emiratos entre los capitalistas desarrollados, cuando son tan ricos? Porque su riqueza no se ha ganado en los mercados sino que se ha bombeado del suelo. Lo que, por otra parte, los ha dispensado, por ahora, de someterse a las reglas democráticas y de la separación de poderes.

—¿Por qué oponer México al resto de América latina? Porque es el quien se ha separado hace algunos años, abriendo su economía a los intercambios exteriores, hasta el punto de firmar un acuerdo de libre intercambio con Estados Unidos. Chile también despega, tras someter su economía a las leyes del mercado. Pero en los otros países de América latina, muchas fortunas continúan amasándose fuera de las reglas de juego capitalista, pues escapan a las leyes de la competencia y de la economía de mercado. Lo que tiene como efecto mantener estos países bajo el yugo de la inflación y del subdesarrollo.

—¿Por qué no poner a Sudáfrica en esta lista? Porque la democracia se caracteriza allí actualmente por un verdadero *apartheid* económico, en vez del *apartheid* social. Pero, a propósito de África, no se reconoce lo suficiente que ese continente de la desgracia contiene a un país que, desde hace varios años, ha emprendido la tarea de lanzar un puente entre África del Norte y Europa del Sur. Es Marruecos.

¿Asombrosa simplificación de un mundo que parece entregado a una complejidad creciente! La nueva geografía económica mundial aparece de pronto como la más simple, la más dual. ¿No es intolerable su maniqueísmo?

Todavía lo es más considerando que la situación de hegemonía—más aún, de monopolio—de la que goza hoy en día el capitalismo como sistema es absolutamente contraria a su naturaleza. En efecto, el capitalismo—ya lo hemos repetido—tiene como primer fundamento el mercado, es decir, la competencia. Ahora bien, aquí lo tenemos tan fuerte, tan triunfante, que ya no tiene competidor.

Dado que su victoria es total, ha perdido su propio espejo y sus parámetros de valor. Ni la democracia, ni el liberalismo, ni el capitalismo tienen la experiencia del monopolio. ¿Cómo dirigir lo que no es contestado?

En vez de aventurar hipótesis, miremos las respuestas concretas dadas, en diferentes países capitalistas, a cuestiones precisas. De forma quizás arbitraria he retenido diez de ellas, interesantes en primer lugar por la variedad de las respuestas dadas a los diferentes problemas, pero sobre todo porque, en cada una de ellas, se constatará que el capitalismo no es

homogéneo, sino que, por el contrario, se ha diferenciado en dos grandes modelos enfrentados, "capitalismo contra capitalismo".

1. La inmigración

La inmigración será quizás el mayor tema de debate político en el siglo XXI en la mayoría de los países desarrollados. Este tema interesa especialmente a los capitalistas, pues la mano de obra importada resulta casi siempre más barata, a igual rendimiento, que la mano de obra nacional. Esto probablemente explica por qué Estados Unidos, después de haber practicado durante mucho tiempo una política restrictiva de cuotas, es ahora un país cada vez más abierto a la inmigración, sobre todo de origen latinoamericano. Una ley de 1986 ha permitido legalizar la situación de tres millones de clandestinos, y otra ley de 1990 prevé aumentar la inmigración legal de 470.000 a 700.000 por año en 1995. Y mientras tanto, los mecanismos integrados del *meltin pot* han sido sustituidos por una neotribalización de grupos de origen extranjero, menos preocupados por convertirse en verdaderos americanos que por fortalecer su "identidad cultural".

¿Por qué, pues, el Japón capitalista sigue siendo un país tan cerrado? La densidad demográfica es seguramente un factor esencial, pero no el único. Los malos tratos que este país inflige a los coreanos y a los filipinos inmigrantes serían impensables en Estados Unidos; del mismo modo que sería impensable en Japón el sondeo según el cual un americano de cada dos desea que el jefe del estado mayor conjunto, el general Colin Powell, un negro, sea el próximo vicepresidente de George Bush, si éste es reeligido en noviembre de 1992.

Siguiendo el modelo de Estados Unidos, Inglaterra concede una categoría de casi ciudadanía a los hindúes y a los paquistaníes inmigrantes. Nada de eso ocurre en Alemania, donde el derecho de la sangre determina la pertenencia a la nación, y donde una ley de 1990 privilegia la homogeneidad cultural alemana; los alemanes sienten la existencia de un deber de solidaridad con todos los pueblos de lengua alemana, pero no pueden concebir la integración de sus inmigrantes turcos...

Modelo anglosajón por un lado, modelo germano-nipón por el otro.

2. La pobreza

Problema a menudo unido con la inmigración, la pobreza es uno de los factores que oponen más profundamente a los diferentes países capitalistas. En sus representaciones y en su organización. ¿Qué es un pobre? En la mayoría de las sociedades humanas, y desde todas las épocas de la historia, el pobre ha sido muy a menudo considerado y tratado como un pobre desgraciado, un inútil, un fracasado, un haragán, un sospechoso, y hasta un culpable. ¿Cuál es, todavía hoy, el país del que se pueda decir que en él sus

privilegiados con puesto de trabajo no tienen tendencia a ver en el desocupado, si no un incorregible perezoso, al menos un individuo a quien ha fallado el coraje para adaptarse a las condiciones del mercado de trabajo? Estas es, en todo caso, la opinión ampliamente dominante en los dos países capitalistas más poderosos, Estados Unidos y el Japón.

Consecuencia: ninguno de esos dos países está dotado —¿ni considera la idea de dotarse!— de un sistema de seguridad social comparable a los que fueron establecidos en Europa hace cerca de medio siglo, cuando nuestro ingreso per cápita era inferior en dos terceras o tres cuartas partes al del estadounidense o al japonés de hoy.

¿De dónde viene una diferencia tan radical en la organización de las sociedades? Quizá del hecho de que cierta tradición europea considera al pobre más víctima que culpable, y en una percepción multidimensional que abarca la ignorancia y la indigencia, la desesperanza personal y la impotencia social.

¿Podemos continuar pagando nuestra seguridad social? La pregunta se plantea en todas partes, desde el momento en que los dos grandes del capitalismo mundial reducen estos presupuestos. En Francia con más preocupación que en otras partes.

3. *La seguridad social es favorable para el desarrollo económico?*

Esta pregunta enlaza con la precedente, y está tan sujeta a controversia como aquélla. Para los capitalistas reaganianos o thatcheristas, la respuesta es evidentemente negativa: nada como la seguridad social para crear una mentalidad de pensionistas que favorece la pereza y la irresponsabilidad. Sin embargo, hay que señalar que, a pesar de diez años de esfuerzos, la señora Thatcher no ha podido prácticamente modificar el Servicio Nacional de Salud. En cuanto a los capitalistas japoneses, consideran que la seguridad social no es un asunto del Estado, sino de la empresa... a condición de que sea lo bastante rica como para poder ofrecer a sus asalariados este servicio, lo que casi no es el caso de las PME. En este punto, el capitalista japonés está de acuerdo, incluso en el caso de que su empresa financie sólo seguros sociales facultativos.

Por el contrario, en la zona alpina, la de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, y en Escandinavia, la seguridad social se considera tradicionalmente por todos como la justa consecuencia del progreso económico, e incluso por muchos como una institución favorable al desarrollo económico: por debajo de cierto nivel de pobreza, el marginado se convierte en irrecuperable. Esta es la razón por la que los países europeos más desarrollados (RFA, Francia, Reino Unido, Países Bajos, Dinamarca) garantizan unos ingresos mínimos. Todavía hay que apoyarse en esta tradición para ganar las elecciones. Pero el debate está abierto, particularmente en la CEE, donde la seguridad social se considera cada vez más como algo que pesa sobre los gastos generales de

la economía nacional y, por lo tanto, sobre su competitividad. Incluso en Suecia, el famoso "modelo sueco" es hoy rechazado, por esta razón, por el mismo gobierno socialdemócrata.

Por el contrario, la ausencia de seguridad social se juzga cada vez más insportable por una fracción creciente (pero siempre minoritaria) de la población norteamericana.

En todas partes, la lógica del capitalismo está hoy en día, de una manera o de otra, opuesta a la de la protección social.

4. *La jerarquía de los salarios*

Es, a priori, una palanca de eficacia irremplazable en la lógica del capitalismo. Si se quiere que los trabajadores trabajen, es un hecho indiscutible que hay que pagarles según su rendimiento individual. Lo mismo ocurre con las contrataciones y los despidos. Uno de los principales aseguradores estadounidenses se hizo célebre por su "felicitación de Navidad": hace figurar en ella los nombres de sus colaboradores, con la evaluación de lo que cada uno le cuesta y le aporta, después saca sus consecuencias. A reguemos, para las almas sensibles, que nadie se disgusta por ello. Por otra parte, desde la revolución conservadora anglosajona de principios de los años ochenta, las diferencias salariales que estaban, a largo plazo, en vías de reducción en el conjunto de los países desarrollados en la época en que el intervencionismo estatal y la protección social se consideraban todavía como signo de progreso, volvieron a aumentar en Estados Unidos, en Inglaterra y en numerosos países que siguen el ejemplo anglosajón. Este es el caso especialmente de Francia, donde una mayoría considera que, para reforzar la competitividad económica, es necesario ampliar la jerarquía de las ganancias.

Pero en otros países capitalistas, por el contrario, las empresas se esfuerzan por contener la jerarquía de los salarios dentro de límites a menudo estrechos. Es el caso de Japón, donde todas las decisiones se toman colectivamente, incluida la fijación de las remuneraciones, y donde el patriotismo de empresa es un factor de movilización más poderoso que el salario. Lo mismo ocurre en el conjunto de las naciones que yo designaré como los "países alpinos" (Suiza, Austria, Alemania). Pero, en todos esos países, la tradición está siendo cuestionada. Verdaderos conflictos enfrentan, en el seno de las profesiones y de las empresas, a los jóvenes talentos impacientes por valorizarse con los viejos jefes que no quieren perder sus prerrogativas.

5. *La legislación fiscal debe favorecer el ahorro o el endeudamiento?*

En Francia, la opinión pública se decanta todavía en favor del ahorro, incluso aunque ahorramos cada vez menos.

En Alemania o en Japón, el ahorro se considera una virtud nacional ampliamente favorecida por la legislación fiscal. Son, por excelencia, los

países horniuga. Estados Unidos es, por el contrario, el país cigarra. Los símbolos del éxito personal se expresan mediante signos externos de riqueza, sobre todo desde la "nueva revolución conservadora". Esta es la razón por la que la legislación fiscal favorece el endeudamiento: cuanto más se endeude usted, menos impuestos pagará, entonces ¿por qué privarse de algo?

Los resultados en los años ochenta han sido impresionantes: la tasa de ahorro de los hogares, en porcentaje de renta disponible, disminuyó de más de un 13% a un 5% en Estados Unidos, y de un 7% a un punto menos del 3% en Gran Bretaña.

En este aspecto, fundamental para el futuro de un país, el modelo anglosajón se opone radicalmente al modelo germano-nipón. Desde hace muchos años, Estados Unidos y el Reino Unido son financiados por Japón y Alemania. ¿Por qué? Porque, desde hace unos diez años, la tasa de ahorro de los hogares ha sido alrededor de los zeroes más alta en Alemania y Japón que en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Es evidente que esta diferencia es insostenible a largo plazo. Uno de los desafíos más tremendos del capitalismo anglosajón será convencer a los electores de que deben volver a aprender a ahorrar, como en los viejos tiempos del puritanismo. ¡Vaya problema!

Tanto mayor porque esa diferencia —como ya veremos— encarna en sí misma las causas y las consecuencias más profundas del conflicto entre los dos capitalismoos.

6. ¿Es mejor tener más reglamentos, y funcionarios para aplicarlos, o menos reglamentos y más abogados para hacer procesos?

Siempre, y en todas partes, los capitalistas que triunfan, los que obtienen beneficios, se rebelan contra los reglamentos. Durante cerca de medio siglo, casi no se les escuchaba: el intervencionismo estatal proliferaba en todas partes, especialmente en la Inglaterra laborista, donde suscitó y popularizó la reacción thatcheriana, la desreglamentación se convirtió en verdadero artículo de fe, el punto principal del credo neocconservador.

Hoy, esta cuestión da lugar a dos tipos de debates en sentido contrario. En Inglaterra, y sobre todo en Estados Unidos, se dieron cuenta, especialmente a partir de la desorganización del transporte aéreo y de la quiebra de las cajas de ahorro, de que los principales ganadores de la desreglamentación son muy a menudo los *lawyers*, esos abogados que no representan, como en la tradición continental europea, una profesión liberal, sino una profesión comercial, y que han hecho una verdadera industria del procedimiento judicial, cuya expansión es tal que hoy, en Estados Unidos, el número de *lawyers* es más elevado que el de *grumeros*.

Para los japoneses, entablar un proceso judicial es tan deshonroso como consultar a un psicoanalista... También los alemanes que tienen, como se

sabe, el sentido de la disciplina, prefieren reglas precisas. Pero el derecho comunitario de la CEE está inspirado fundamentalmente por la ideología de la desreglamentación, y los parlamentarios comienzan a protestar ante la pérdida de sus prerrogativas.

Aquí también, el debate no ha hecho más que comenzar.

7. ¿La banca o la Bolsa?

La teoría liberal muestra que solamente la libertad de movimientos de capitales completamente dispuestos a la competencia puede asegurar una asignación óptima de los recursos necesarios para el desarrollo de las empresas. Muchos deducen de ello que la regresión del papel de la banca en la distribución del crédito es un factor de eficacia. En 1970, la "tasa de intermediación", es decir la participación de los Bancos en términos generales en el financiamiento de la economía norteamericana, era del 80%; en 1990, cayó al 20%. Esta caída espectacular tiene como contrapartida una expansión extraordinaria de los mercados crediticios e inmobiliarios, es decir, simplificando al extremo, la sustitución del Banco por la Bolsa. Todo el neocapitalismo anglosajón está fundado sobre esta preferencia, que es también defendida en la Comisión de Bruselas por el vicepresidente Sir Leon Britan.

Todo el capitalismo de los países alpinos (habrá que admitir que el Fuji Yama es la cima más alta de los Alpes) reposa sobre la idea contraria. Francia vacila. Los jóvenes lobos y los viejos accionistas forman el partido anglosajón. Los directores de empresa reunidos por el Instituto de la Empresa, organismo independiente emparentado con el CNPF (Consejo Nacional de los Patronos Franceses), acaban de tomar una de las posiciones más alpinas ("La estrategia de las empresas y de los accionistas", enero de 1991).

La cuestión es vital para los verdaderos capitalistas. En efecto, prácticamente sólo hay dos maneras válidas para hacer fortuna: ser competitivo, ya sea en la producción o en la especulación. Las economías que privilegian la banca con relación a la Bolsa ofrecen menos posibilidades de hacer fortuna con rapidez. Sólo aquellos a quienes no les interesa hacerla pueden evitar tomar partido.

La banca o la Bolsa, ése será el próximo gran debate en Estados Unidos. Temiendo la quiebra de un sistema bancario arcaico, encorsetado y al borde de la insolvencia, el gobierno Bush acaba de presentar un proyecto de reforma inspirado en el ejemplo europeo, especialmente en el alpino. Para aplicarlo, deberá reducir el número de los bancos de 12.500 a un millar, y suprimir cerca de 200.000 empleos, repartidos por todos los Estados. Ahora bien, serán los miembros del Congreso los que decidirán en última instancia. ¡Valor!

8. *¿Cómo debe repartirse el poder en una empresa, entre los accionistas por un lado, y los directivos y el personal por otro?*

Esta cuestión, correlativa a la anterior, ha transformado numerosas salas de consejos de administración en verdaderos campos de batalla. Conozco alguna donde los accionistas sólo toleran un secretario al lado del presidente; otras, donde la dirección y los accionistas se enfrentan como dos bloques; otras, por último, ¡donde son los directivos quienes exigen a los accionistas, y no a la inversa!

En esta frontera del Poder empresario, la guerra no cesa de extenderse y de intensificarse. Lo que está en juego es la naturaleza misma de la empresa. ¿Se trata de una simple mercancía de la que el propietario, el accionista, dispone libremente (modelo anglosajón)? ¿Se trata, por el contrario, de una suerte de comunidad compleja, donde los poderes del accionista están equilibrados por los de la dirección, admitida la misma de manera consensuada por los Bancos y, más o menos explícitamente, por el personal (modelo germano-nipón)?

9. *¿Cuál debe ser el papel de la empresa en materia de educación y de formación profesional?*

La respuesta anglosajona es: el menor posible. Por dos razones: es un costo inmediato para un rendimiento a largo plazo. Ahora bien, no se dispone ya de tiempo para trabajar a largo plazo, es necesario multiplicar los beneficios enseguida. Por otra parte, es una inversión demasiado incierta, teniendo en cuenta la inestabilidad de la mano de obra, y que esta inestabilidad misma condiciona el buen funcionamiento del "mercado laboral".

La respuesta es exactamente la contraria del lado germano-nipón, donde se esfuerzan en promover profesionalmente a todos los empleados, en el marco de una política de administración previsoramente de las especializaciones que apunta a asegurar, si es posible, la armonía social y la eficacia económica. ¡Pero cuántos debates aquí también, entre aquellos que, por un lado, hacen pagar un máximo la experiencia que adquirieron en otras empresas y, por el otro, los que se rebelan contra la tradición social!

A partir de este problema concreto, podemos extrapolar en varias direcciones: la tradición anglosajona asigna a la empresa una función precisa y específica, consistente en producir beneficios; la tradición de Europa continental y de Japón le atribuye una función más amplia, que va desde la creación de empleos hasta la competitividad nacional.

10. *Un sector típico del debate, el seguro*

Puesto que soy asegurador, mi afirmación quizá refleje una deformación profesional. No lo creo. Toda sociedad capitalista tiene necesidad, para reforzar sus capacidades de innovación y su competitividad, de acompañar y hacer preceder su progreso por el desarrollo de seguros de toda naturaleza. Además, lo que opone más profundamente a los dos capitalismoes es el valor respectivo que ambos conceden al presente y al futuro. Ahora bien, todo inclina al asegurador a valorizar el futuro, pues su oficio consiste en transportar recursos del presente hacia el futuro, haciéndolos fructificar. Pero hay dos concepciones cada vez más opuestas del seguro. La primera, anglosajona, lo considera una simple actividad de mercado, esta concepción está poderosamente representada en Bruselas. La segunda subraya la importancia del marco institucional para garantizar la seguridad de las empresas y de los particulares. Si usted cree que ese debate no le concierne, es porque está convencido de que no tendrá jamás un accidente de automóvil, ni necesidad de asistencia a domicilio en su vejez. ¿Está tan seguro?

De este modo, se oponen los dos paradigmas fundadores del seguro: el primero pertenece al mundo de los juegos bursátiles, del riesgo individual, de la aventura comercial y de la navegación de altura; el segundo se enraiza en una búsqueda de seguridad comunitaria o solidaria, apoyándose sobre este pequeño margen de seguridad para explorar mejor el futuro.

Una verdadera caricatura de los dos modelos del capitalismo. Voy a apoderarme de ella, sin emociones, consciente de que en una época en la que las exigencias de la televisión nos imponen tratar toda cuestión, por compleja que sea, en menos de tres minutos, hay que atreverse a caricaturizar, es decir, a simplificar lo más posible exagerando lo menos posible.

Este resumen de diez ejemplos concretos presenta, a mi parecer, un doble interés.

Visto desde afuera, situado como está hoy en día, a pesar de su naturaleza, en una posición de monopolio, el capitalismo corre el riesgo de aparecer como un monolito, un bloque del nuevo determinismo sucesor del determinismo marxista. Ahora bien, como ya hemos visto, en cada caso basta con concretar para constatar, por el contrario, que el capitalismo real, tal como se vive en diferentes países, no aporta por sí solo una respuesta única, un *one best way*, a los grandes problemas de la sociedad. Al contrario, el capitalismo es múltiple, complejo como la vida. No es una ideología sino una práctica.

Pero, segunda enseñanza, esta diversidad tiende a la bipolarización entre dos grandes tipos de capitalismo de importancia comparable y entre los cuales el futuro no está decidido. Antes de exponer esta idea, ha sido indispensable partir de la observación de los hechos, pues, a la vista de la teoría liberal

anglosajona, cuya hegemonía es hoy casi total —tanto en la enseñanza como en la investigación económica—, lo que acabo de enunciar es simplemente lo inconcebible. En efecto, para este pensamiento no puede haber más que una sola lógica pura y eficiente de la economía de mercado. Todo el resto, todo lo que mezcla consideraciones de carácter institucional, político o social a la racionalidad de los precios, no es más que degeneración y falsedad.

Para esta corriente de pensamiento, Estados Unidos constituye en principio el único modelo de referencia y de eficiencia. El "lugar santo".

En realidad, por suerte las cosas no son tan simples. El primer objetivo de este libro es mostrar que, al lado del modelo económico neamericano, hay otros que pueden ser a la vez económicamente más eficaces y socialmente más justos.

¿Cómo designarlos?

1. En primer lugar, se tiende a oponer el modelo "anglosajón" al modelo "germano-nipón".

El primer término abarca mucho, quizá demasiado: incluir a Australia y Nueva Zelanda en la misma categoría que la Inglaterra thatcheriana, es olvidar que la influencia laborista se mantiene allí mucho más fuerte; lo mismo ocurre en el caso de Canadá; si bien su "bella provincia", Quebec, ha conseguido un desarrollo excepcional durante unos quince años, ha sido gracias sobre todo a instituciones como la Caja de Depósitos o el grupo Desjardins, que representan exactamente lo contrario de lo que caracteriza desde hace diez años al modelo "anglosajón".

Pero, sobre todo, clasificar en un mismo lote a Estados Unidos y al Reino Unido, significa hacer abstracción de un fenómeno fundamental: en Estados Unidos, ya lo hemos visto, no hay un régimen general de seguridad social, mientras que incluso la señora Thatcher no ha logrado erradicar del cuerpo social británico su sistema de seguridad social muy completo, cuyo origen, recordémoslo, se remonta a Bismarck, y no solamente a Beveridge.

En cuanto al segundo término, "germano-nipón", nos recuerda que, desde hace un siglo, se ha llamado a los japoneses los "alemanes de Asia"; hoy, las empresas más grandes japonesas y alemanas se unifican en asociaciones sin parangón en otra parte: Mitsubishi y Daimler-Benz, Toyota y Volkswagen, Matsushita y Siemens.

Por otra parte, fuera de la analogía de los sistemas de financiación y del papel social de la empresa, el principal elemento de aproximación entre las economías alemana y japonesa es el papel motor de la exportación. Pero no se encuentra en Alemania ni el dualismo de las grandes empresas en relación con los pequeños subcontratistas, ni el papel excepcional de las casas de comercio japonesas. Por último, el CEPII (Centro de Estudios Prospectivos y de Informaciones Internacionales) que, desde hace veinte años, estudia la evolución de las especializaciones industriales, subraya que los dos casos

más opuestos son precisamente Alemania, con la estabilidad de sus puntos fuertes (mecánica, material de transporte y química), y Japón, caracterizado por el cambio rápido de sus especializaciones, con la desaparición de la industria textil, la conversión de los astilleros navales, el auge de la producción de automóviles y de los productos electrónicos de consumo masivo.

En resumen, la terminología "modelo anglosajón" versus "modelo germano-nipón" no es útil más que si se miran las cosas de lejos.

2. Modelo norteamericano, o mejor dicho, modelo *neamericano*.

Desde el momento en que, a pesar de la revolución conservadora iniciada por la señora Thatcher, Gran Bretaña no puede dejar de acercarse a Europa y alejarse de América, es necesario considerar a Estados Unidos como un modelo económico único.

Sobre todo desde la elección de Ronald Reagan en 1980. Anteriormente, en efecto, desde la crisis de los años treinta, el papel creciente del Estado en materia económica y social, tanto en Estados Unidos como en Europa, había aproximado las formas del capitalismo de un lado y otro del Atlántico, en un esfuerzo común por hacer frente al desafío del comunismo.

Por el contrario, en ninguna parte de la Europa continental se produjo nada similar a la revolución reaganiana en Estados Unidos. Un nuevo modelo económico se constituyó entonces. Lleva por otra parte un nombre común, *reaganomics*. Las dificultades que encuentra en el interior de Estados Unidos no perjudican para nada su extraordinaria influencia internacional. Es ese complejo fenómeno, en el que los factores psicológicos se imponen sobre los datos de la economía real, lo que yo llamaría el *modelo neamericano*.

3. Llegados a este punto, la pregunta que se impone es la de saber si no existe un *modelo económico propiamente europeo*. Todo permite a priori presumirlo: la obra del Mercado Común comenzó hace más de treinta años; la unidad europea no es ni política, ni diplomática, ni militar, ni siquiera social, sino esencialmente económica; siempre se habla de ella como de una cosa acabada o casi. Y sin embargo la respuesta es no, no existe un modelo económico homogéneo en Europa. El de Gran Bretaña está más cerca de Estados Unidos que de Alemania. El de Italia, dominado por el capitalismo familiar, la debilidad estatal, un enorme déficit público y una asombrosa vitalidad de las PME, no es comparable a ningún otro, como no sea al modelo de los chinos de la diáspora.

No se dice bastante hasta qué punto Francia y España se parecen. Comparten herencias comparables de proteccionismo, de intervencionismo y de corporativismo inflacionista. Una y otra, tras haberlos sufrido, se han liberado de esos arcaísmos por medio de una modernización acelerada. Las dos flotan aún entre tres tendencias: una tradición institucional que, revivificada, podría aproximarlas a los países alpinos; un "aire americano" que multiplica las creaciones de empresas, las especulaciones y las tensiones sociales

propias de las sociedades dualistas; por último, una "vuelta del capital" a la italiana, con la aparición de las fortunas personales y la gloria de las grandes familias.

Estas son las razones de que no pueda hablarse de un "modelo europeo"

4. No obstante, existe de alguna manera un "núcleo compacto" de la Europa económica. Presenta dos aspectos:

— el aspecto *alpino*: es la "zona *deutsche mark*", que engloba a Suiza y Austria (sin contar los Países Bajos). Esos países presentan los elementos más destacables de un contramodelo europeo opuesto al modelo neamericano, del mismo modo que ninguna moneda ha sido, desde hace más de una generación, administrada de forma más distinta del dólar que el marco alemán;

— o bien se consideraran las cosas principalmente bajo el ángulo social, y es entonces la palabra *renano* la que resulta la más apropiada.

Renano rima con tejano. Texas es la imagen exacerbada de Estados Unidos. Lo mismo que la palabra *renano* subraya los rasgos característicos de la nueva Alemania, que no es de inspiración prusiana, sino más bien renana. Tiene su origen en Bonn, y no en Berlín.

Fue a orillas del Rin, en la estación terminal de Bad-Codesberg, cerca de Bonn, donde la socialdemocracia alemana decidió, durante su histórico congreso de 1959, adherirse al capitalismo, lo que en esa época resultaba al menos sorprendente. Sin embargo, no hay ambigüedad, era realmente el capitalismo el tema en discusión, puesto que el Congreso señalaba "la necesidad de proteger y de promover la propiedad privada de los medios de producción", y reconocía "la libertad de competencia y la libertad de empresa". Denunciado en aquel entonces como una traición por el conjunto de los partidos socialistas, ese programa fue poco a poco aceptado por todos, si no en su doctrina, al menos en su comportamiento ante la realidad.

En consecuencia, la Alemania de Helmut Kohl, heredera de la de Adenauer, Erhard e incluso Brandt y Schmidt, ilustra lo que llamaremos a partir de ahora el *modelo renano del capitalismo*, del que se encuentran ejemplos no sólo a todo lo largo del gran río europeo, desde Suiza hasta los Países Bajos, sino también en cierta medida en Escandinavia, y, sobre todo, con los cambios culturales inevitables, en Japón.

Ahora que los actores ya están en escena, el espectáculo va a comenzar.

El hundimiento del comunismo pone en evidencia la oposición entre dos modelos de capitalismo. Uno, "neamericano", está fundado sobre el éxito individual y el beneficio financiero a corto plazo. El otro, "renano", está centrado en Alemania, y admite muchas semejanzas con el de Japón. Como éste, valora el éxito colectivo, el consenso, la inquietud a largo plazo. La historia del último decenio muestra que el modelo "renano", segundo modelo, que no había tenido hasta aquí el derecho de recibir su cédula de identidad, es a la vez el más justo y el más eficaz.

A fines de 1990, el triunfo de Helmut Kohl en Alemania y la salida de Margaret Thatcher en Gran Bretaña son dos acontecimientos que no pueden explicarse sólo por eventualidades de política interior. Si lo analizamos con cierto distanciamiento y perspectiva, vemos el primer episodio del *nuevo combate ideológico que va a oponer, no ya el capitalismo al comunismo, sino el capitalismo neamericano al capitalismo renano*.

Será una guerra subterránea, violenta, implacable, pero amortiguada e incluso hipócrita, como lo son, en una misma Iglesia, todas las guerras entre basildores. Una guerra entre hermanos enemigos, armados de dos modelos surgidos de un mismo sistema, portadores de dos lógicas antagónicas del capitalismo en el seno de un mismo liberalismo.

Y quizás incluso, como veremos, de dos sistemas de valores opuestos sobre el lugar del hombre en la empresa, el lugar del mercado en la sociedad y el papel del orden legal en la economía internacional.

Nos quejábamos, desde el fin de las ideologías, de carecer de debates. No vamos a ser decepcionados.